

Todo lo anterior nos lleva a ver, de acuerdo con la contemporánea ciencia de la literatura, que naturaleza y función literarias son correlativas (Austin Warren). El uso de la poesía, cuanto el de la Historia escrita, penden de su naturaleza misma: más todavía, en torno a su esencia central, poseen capacidades de utilización secundaria que a todos se nos han hecho evidentes alguna vez en el curso de nuestros estudios literarios y en nuestra existencia como seres sujetos y actores de la Cultura. Lo que alguna vez fué instrumento de trabajo, accesorio cotidiano de la vida, llega a ser tranquila pieza de Museo, ornamento de la salita burguesa. Así cabe preguntarse: ¿cambia o no cambia la función de la literatura en el correr de la Historia? Quizá podría echar leños al fuego de una contestación tener presente, de partida, lo que sigue: los términos *teatro de arte*, *prosa literaria*, *poesía pura* o *historia imparcial de hechos*, son recientes en los siglos que llevamos de Cultura Occidental. ¿Podría decirse que nuestros iniciadores, en la genética de los tiempos humanos —los griegos especialmente—, pudieron siquiera concebir tales tópicos?

Si sobre la naturaleza de lo literario quedamos en que es tema de filosofía de la literatura, nos es imposible dejar de tener aquí en plan de relegamiento lo que su función sea. Vista en general tiene la literatura en sentido estricto notas o funciones insustituibles como estas dos: dar dulce placer y tener constructiva utilidad para sus lectores. Los límites de estas notas —son muy elocuentes los alegatos dispersos a través de la historia de la estética—, bastante fluidos se ven como para que intentemos fijarlos ahora. Pero lo cierto es que coexisten al través de las modalidades literarias que nos ocupan. Así vistas, puede admitirse incluso que ellas ejercitan función o *funciones* dentro de lo literario. Y así, por ejemplo, modalidades como las de la poesía o la Historia, bien pueden ser niveles distintos; pero funcionan en variedad dentro de la unidad natural que les afecta desde su origen. Que en cuanto tales, tengan un determinado “valor cognoscitivo” en cada una de sus manifestaciones analizables (poemas, tratados de historia, etc.), no hace a un lado la fijación del concepto de que función es para las obras literarias algo que mira hacia sus relaciones extrínsecas, aunque por esto mismo, ellas deban moverse sin romper

nunca la primigenia fidelidad hacia su propia e incanjeable naturaleza.

Vistos así ¡cuánto se nos acercan nuestros escritores coloniales! Desde el cronista Góngora y Marmolejo y el épico Pedro de Oña, pasando por el P. Alonso de Ovalle, máximo escritor de la centuria que les sigue, hasta el teólogo Lacunza y el naturalista e historiador abate Molina, que cierran tal período de nuestra historia nacional, hay todo un hilo de temas, alardes de estilo y *funciones* más comprensibles para el estudioso de la literatura. También les llega su turno a los literatos posteriores a la eclosión de la Independencia y del logro republicano, en que todos dan su contribución a lo largo del siglo XIX. Inspirados y fortalecidos por Bello, máximo preceptor de la chilenedad constructiva, “es un hecho curioso —nos advierte con perspicacia el historiador Feliú Cruz— que los tres historiadores del siglo XIX —Amunátegui, Barros Arana y Vicuña Mackenna— que más acentuada acción han dejado en la historia política y literaria de Chile, fueran enciclopédicos en la cultura. Los tres derivaban de la tradición de Bello, y los tres se inspiraron en el ejemplo no igualado del maestro caraqueño”³. Pueda esto significar en realidad que la disciplina académica verdadera fué capaz de reconciliar en sus espíritus la pasión científica con esa compenetración en el mundo de los valores que es peculiar de los filósofos, críticos de las artes y escritores creadores o de imaginación y otros más en el reino hoy algo más que desatendido por la gente a la moda, que llamamos como siempre, las Humanidades.

II. UNA GENERACION DE ESCRITORES

Auxiliados de las diferentes ciencias que se ocupan del hombre y de su cultura, podemos ir viendo algunos rasgos más, vinculados a la figura de don Diego Barros Arana. Si lo evocamos entrando con su padre, el acaudalado patriota don Diego Antonio Barros, al antiguo edificio del Instituto Nacional, en los comienzos del año escolar de 1839, veremos allí iniciarse toda una vida dirigida por ciertas fuerzas espirituales, dentro de un ambiente que nos es posible conocer en detalle. Nacido en 1830,

³ Guillermo Feliú Cruz: *Vicuña Mackenna, un historiador del siglo XIX*, Ensayo, Santiago, Edit. Nascimento, 1950 (en Separado de la Revista “Atenea”, N.os 291-292), p. 10.

el futuro historiador es menor en cinco años a los que sucesivamente serían Presidentes de la República entre 1871 y 1886, los liberales Federico Errázuriz Zañartu, Aníbal Pinto y Domingo Santa María, todos ellos dados a la vida en 1825. Tendremos presente que en la plástica el único que se le aproxima es el pintor paisajista Antonio Smith Irisarri, en cuanto a fecha de nacimiento (1832). Cuando Barros Arana entra al Instituto ya hace diez años que don Andrés Bello educa a los chilenos y aporta su gran experiencia al gobierno nacional. Escritores representativos, como Jotabeche (1811), José Victorino Lastarria y Salvador Sanfuentes (ambos nacidos en 1817) están ya en el momento de manifestar sus respectivas vocaciones, mientras muchos otros comparten los velados años preparatorios propios de su niñez. Bien dice el historiador don Gonzalo Bulnes: "Barros Arana nació en los albores de aquel período de nuestra historia que se considera como el momento en que se manifestó por primera vez la intelectualidad chilena". Tras mostrar cómo se van sucediendo los adalides culturales, agrega que "en la época que eso ocurría (1842-46) un viento de libertad desperzaba los miembros aletargados de la sociedad chilena"⁴.

Debemos tratar de ser más completos. ¿Qué método seguir? Ortega y Gasset, con la finura que lo caracteriza, destaca la posibilidad de que su llamado *método de las generaciones* sea el concepto más importante de la Historia, desde que ya en los dos Testamentos de la Biblia se habla de tales generaciones. Por su parte el tratadista alemán Julius Petersen afirma: "El término *generación* representa hoy un sustantivo diferenciado del concepto sumario y apenas aprehensible de *espíritu de la época* y un supuesto fundamental del concepto *estilo de la época*"⁵.

Destaca el autor la definición que del concepto da Kummer: "Una generación abarca a todos los coetáneos que proceden de las mismas situaciones económicas, políticas y sociales y que se hallan equipados, por lo tanto, con una concepción del mundo, con una educación, con una moral y una sensibilidad artística afines"⁶. Tal vez muy rigurosa esta definición, no nos de-

jaría pie para trabajar en el ordenamiento de un grupo de hombres cultos que influyeron en nuestra formación histórico-espiritual de la segunda mitad de la centuria pasada. A pesar de los reparos que se le hagan por los racionalistas, hay en la *razón vital* del ya citado hispano Ortega y Gasset⁷, lugar para ver comunidad de actitud en la generación a pesar de las más violentas oposiciones (¿podría incluirse en la *generación* de Barros Arana a su antagonista implacable, don Abdón Cifuentes, nacido en 1836?).

A. *Constelación nuclear*. Las fechas de nacimiento, como también las de la niñez y juventud (hasta los 30) y de la ancianidad (desde los 60), dejan destacar esos años de la vida actuante: entre los 30 y los 45 años, en que trata de imponer su concepción del mundo; mientras entre los 45 y los 60, tiene que defenderla de otros hombres, "nuevos hombres de 30", que comienzan a reaccionar contra el mundo vigente. Ortega acepta que en este esquema de edades puedan ser adscritos a una determinada generación en estudio, hombres nacidos con siete años de diferencia antes o después del eje de referencia. Tenemos así que en Chile nacen en 1830: Gregorio V. Amunátegui (colaborador del historiador don Miguel Luis, su hermano); Ramón Sotomayor Valdés (historiador y periodista de tendencia católica); Ambrosio Montt (culto orador parlamentario); Alberto Blest Gana (el más destacado novelista chileno del siglo XIX, de escuela realista), y el mismo Barros Arana. El prosador socialista Francisco Bilbao es de 1823; el poeta Eusebio Lillo es de 1827; el historiador Miguel L. Amunátegui, de 1828, y los poetas Guillermo Blest Gana y Guillermo Matta, de 1829. Mientras tanto, son menores el médico Adolfo Valde-rama, poeta y prosador, y Justo Arteaga Alemparte, periodista, ambos de 1834 y del año siguiente (1835), su hermano el también periodista Domingo Arteaga y el periodista y orador Isidoro Errázuriz. Todos estos hombres compondrían, entonces, la generación literaria a la cual perteneció Diego Barros Arana. Algo que pudiera serles común sería su lenguaje y más aún su posible estilo, que resaltaría como

⁴ Gonzalo Bulnes: *Don Diego Barros Arana*, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Stgo., julio-septiembre, 1930, p. 10.

⁵ Julius Petersen: *Las generaciones literarias*, en *Filosofía de la ciencia literaria*, por E. Ermantinger y otros, México, FCE, trad. cast., 1946, p. 139.

⁶ *Ob. cit.*, p. 156.

⁷ José Ortega y Gasset: *El método de las generaciones en la Historia*, Lección IV de *En torno a Galileo*, en *Obras Completas*, t. V (1933-1941), Madrid, Edit. Rev. de Occidente, 1955, pp. 43-54.

lo particular, frente a la norma, proclamadora de lo más general.

B. *Factualidad histórico-cultural*. Cuando estos hombres entran a la juventud, está en pleno desarrollo la llamada república pelucona, conservadora, que se inaugurara en 1831, para alcanzar muy atemperada ya en el decenio de José J. Pérez, hasta 1871. Pero algunos consideran que, dado que durante la Presidencia de Pérez hubo diversas manifestaciones de la tolerancia que animaba a este culto político, entre ellas el rectorado del Instituto Nacional por el liberal Barros Arana, debe hablarse ya de comienzos de liberalismo. Tenemos entonces iniciada la etapa que habría de recorrer con título formal de república liberal la serie presidencial de los quinquenios de Errázuriz Zañartu, Pinto, Santa María y José Manuel Balmaceda, hasta la revolución de 1891. Más adelante, durante el desarrollo de lo que pudieron ver cada uno de ellos, se extiende la vejez de Barros Arana y de sus cogeneracionistas, a través de la llamada república parlamentaria. Desde el punto de vista de la evolución social, conviene atraer aquí el esquema propuesto por Feliú Cruz, quien percibe un período de preparación de la reforma (1810-1842); la reforma social misma (1842-1879); la mutación de las costumbres y de los hábitos sociales después de la Guerra del Pacífico (1879-1891), y, al final del siglo, las consecuencias de la Revolución de 1891 para las transformaciones sociales⁸.

C. *Constantes educativas e intelectuales*. Tras la inauguración solemne de la Universidad de Chile, vemos en los aspectos que nos interesan cómo la Facultad de Filosofía acoge a la Academia de Bellas Artes y al Conservatorio Nacional de Música. Más tarde, en 1889, propiciaría la inauguración del Instituto Pedagógico. En el nivel secundario, la reforma de la enseñanza fué promovida por los sabios Bello, Domeyko y Barros Arana, en sucesivas etapas, que llevaron a la consagración de los ramos científicos junto a los tradicionales humanísticos. Respecto de la educación artística, fuera de los precursores, hay que citar a Smith Irisarri, romántico paisajista, ya mencionado, y la figura del costumbrista pictórico Manuel A. Caro (1835). La renovación de las artes plásticas llevará a

la época de Pedro Lira y sus discípulos, en la Academia, sección de pintura. Mientras la arquitectura permanece apegada al gusto de sus cultivadores, principalmente contratados franceses, la escultura tiene cátedra propia en 1853. Aparece la serie de los escultores nacionales en que se destacan Nicanor Plaza y Virginio Arias. El Conservatorio Nacional de Música data de 1850: este arte, lo mismo que el del teatro, tendrá que ver llegar el presente siglo para producir frutos de sostenida creación, aunando los valores de partituras o textos con los de la interpretación.

III. LOS PRIMEROS PASOS

El desarrollo de la generación de Barros Arana se vió sometido a diversas causas: 1) estímulo directo del Instituto Nacional, como institución educativa; 2) eclosión del romanticismo (Irisarri, Eusebio Lillo, Guillermo Blest Gana); 3) magisterio de don Andrés Bello, ejercido sobre los jóvenes más talentosos de la época; 4) actividad periodística y críticas de los intelectuales argentinos emigrados, a los que se suman otros hispanoamericanos, todo lo cual redonda en beneficio del incipiente periodismo nacional, y 5) cultivo de la Historia, estimulado directamente por la Facultad de Filosofía.

En 1848 el joven estudiante se inicia en las letras, dando a *El Mercurio* de Valparaíso su traducción de la novela histórica de Alejandro Dumas *El caballero D'Harmetal*, la que saldría en cuatro tomos, con cerca de mil páginas. Se incluía en este texto un *Ensayo histórico sobre la regencia del Duque de Orleans*, obra del traductor. Ese mismo año, su entusiasmo dió a la misma editorial la novela de Eugenio Scribe intitulada *Piquillo Aliaga o los moros en tiempo de Felipe III*.

En 1849 la misma imprenta da a estampa la traducción suya de *Historia de 30 horas o Revolución de febrero de 1848*, firmada por Pierre et Paul.

Fuera ya del Instituto Nacional, desde el balneario de Pudahuel, lugar al que había ido acompañando a un hermano suyo enfermo, envió a *La Tribuna* un ensayo sobre la revuelta de Tupac Amaru, en el Alto Perú de fines de la Colonia. Allí surge una imagen de sus cambios ideológicos y, en forma especial, de su anti-españolismo. Ese mismo año de 1850 colaboró en la *Revista de Santiago*. ¿Cómo había aparecido y qué ideales animaban

⁸ Guillermo Feliú Cruz: *Un esquema de la evolución social en Chile en el siglo XIX*, en *Atenea*, Concepción, agosto de 1941, p. 365.

a esta publicación? Desaparecido aquel órgano de la Sociedad Literaria que sus publicadores, jóvenes intelectuales chilenos que hacían sus primeras armas casi todos ellos, bautizaron apropiadamente *El Crepúsculo* (1843), desaparición que fué motivada por el resonante artículo de Francisco Bilbao *Sociabilidad Chilena* y su consecuente enjuiciamiento por acusación fiscal motivada por los elementos reaccionarios del país, se hizo sentir por años la necesidad de un medio de expresión para aquellos liberales. Pasó su primera época en 1848, con la colaboración ilustre de Andrés Bello y la doctrinaria y firme de Lassarria. En su segunda época, de 1850 a 1851, contó con las plumas de los hermanos Matta, de Alberto Blest Gana, y del mismo Barros Arana, quien dió a prensas su *Bascuñán* y el *Cautiverio Feliz*. He aquí lo que nos manifiesta respecto de su comentario, que bien vale por su opinión de esos años mozos de su carrera, respecto de su disciplina: "Difícil es prever el día en que nuestra historia llegue a escribirse de la manera lacónica y parca de Tácito o de Lingard; pero nuestros cronicones y nuestras memorias son la historia más completa, más exacta y más pintoresca que darse pueda. Concebida bajo este punto de vista la historia nacional, se puede decir que está escrita de año en año, a par de los acontecimientos y en la que vemos figurar no sólo al escritor con la pluma, sino también con la espada. Esos cronicones nos colocan en medio de los sucesos y de las costumbres de los tiempos pasados. Ideas, usos, idiomas, todo se nos presenta al leer a Tesillo, Rojas, Bascuñán, o cualesquiera otros escritores de las glorias militares de los hijos de Arauco"⁹. Menos entusiasta será algunos años más tarde cuando nos diga del militar y escritor que "el autor del *Cautiverio feliz* debe ocupar un puesto importante en la modesta historia de nuestra literatura colonial. Bascuñán es difuso, vulgar, pesado cuando entra en sus eternas digresiones morales y filosóficas; pero su estilo toma un aire de sencilla animación cuando recuerda ciertos pormenores de la vida doméstica o cuando describe algunas localidades. En las traducciones que hace de algunos poetas, se encuentran a veces ciertos versos suyos cuyo candor nos hace agradable su lectura. Para apreciar mejor el mérito li-

terario de su libro es menester trasportarse por la imaginación a la época en que él escribió, en medio de la oscuridad colonial, y cuando en la misma España habían llegado las letras a un estado de asombrosa postración y decadencia"¹⁰

En la tercera época de la *Revista de Santiago*, nuestro historiador publicó una biografía recordatoria del incipiente historiador, aunque fogoso intelectual del 42, don Antonio García Reyes, quien lo había iniciado en la práctica de la investigación bibliográfica.

Cuando una publicación distinta apareció con el mismo nombre, en 1872, dirigida por los señores Fanor Velasco y Augusto Orrego Luco, el combatido Rector del Instituto Nacional, no les negó su prestigiosa firma de patriarca del liberalismo. En efecto, entre otros trabajos suyos aparecen unas *Notas bibliográficas sobre los poemas a que a dado origen Cristóbal Colón*¹¹.

Dirigido, redactado y editado por el mismo don Diego, apareció en Santiago en 1853 su semanario *El Museo*. En el lapso de su duración, de seis meses, junto a ciertas prestigiosas plumas que supo ganar para su periódico, el trabajo fué de cuenta suya. Pareciera que allí ejerció la que habría de ser la vocación definitiva de su espíritu. Publicó su biografía de *El Inca Garcilaso de la Vega*, el mestizo autor de los *Comentarios reales*, valiosos por su trabajo de cronología incaica, pero quizá más que nada por ser un acabado estudio de las costumbres de los dos pueblos que en el Perú entraron en tan dramático contacto desde los días del descubrimiento y conquista¹².

Debemos recordar que, junto a Bello y otros ilustrados profesores, compartió trabajos en esos años el latinista y profesor de literatura francés M. Vendel-Heyl, mentalidad de hombre libre, al que los pacatos colonialistas de ese tiempo tildaran de san-simoniano, es decir, utopista del socialismo y ateo, con lo cual lograron hacerle perder sus clases. Herido este profesor anciano en sus mejores intenciones y aunque

⁹ D. B. A.: *Don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán y el Cautiverio Feliz*, en *Colección de historiadores de Chile*, tomo III, Santiago, 1863, p. VII, *Introducción* al texto.

¹¹ D. B. A.: *Notas bibliográficas sobre los poemas a que ha dado origen Cristóbal Colón*, en *Revista de Santiago* (nueva), 1873, tomo II, pp. 267-280.

¹² D. B. A.: *El Inca Garcilaso de la Vega*, en *Revista El Museo*, Stgo., 1853, N° 1, de 11 de junio, pp. 6-9.

⁹ D. B. A.: *Bascuñán y el Cautiverio Feliz*, en *Revista de Santiago*, 1850, tomo V, p. 365.

repuesto en sus trabajos, falleció pronto, con lo cual abrió el camino a su admirador Barros Arana, quien llenó su vacante en la Facultad de Filosofía el año 1855, haciendo el discurso de rigor en homenaje de su precedente académico¹³. De uno de los discípulos del sabio francés, el futuro orador parlamentario liberal don Ambrosio Montt, dicen los Arteaga Alemparte algo muy decidor, al mostrar sus aficiones: "Preocupábale infinitamente más hacerse literato, y llevado de tal preocupación, buscó el excelente arrimo literario de M. Vendel-Heyl. Bajo la dirección de este filólogo eminente, estudió los secretos del arte de escribir en las literaturas latina y francesa, que la elegancia ha marcado especialmente con su sello"¹⁴.

Su biografía del escritor costumbrista José Joaquín Vallejo ("Jotabeche") apareció en la *Revista La Actualidad*. Puede decirse que, antes de entrar a sus treinta años, umbral de la madurez, Barros Arana tuvo que soportar los efectos de su labor opositora al fuerte gobierno pelucón de Manuel Montt, con lo cual se cierra este período de su actividad literaria en la tranquila Santiago.

Marchó a la Argentina en 1859, cuyos archivos recorrió, muy en especial el del antiguo Virreinato de Buenos Aires. Casi podría afirmarse que, más que ciudades, al igual que Menéndez Pelayo, lo que vio fueron lugares donde había archivos y museos. Trabajó en el Museo Británico de Londres, y en París, junto a su colega y coetáneo Vicuña Mackenna, recorrió bibliotecas y librerías. En España visitó las bibliotecas Nacional, de la Academia de la Historia y la particular de los Reyes. Hizo su peregrinación a Simancas, para luego bajar en demanda de Sevilla, en cuyo Archivo de Indias admiró los tesoros de manuscritos para la Historia de América. No perdió su tiempo como publicista: tuvo la satisfacción de ver publicarse el *Purén indómito*, del capitán don Fernando Alvarez de Toledo¹⁵. En el postrer tomo de

su *Historia General de Chile* nos confía: "En las colecciones o bibliotecas de particulares a que tuve acceso, tomé conocimiento de libros rarísimos, de manuscritos útiles y desconocidos... Así obtuve una copia de todo lo que quedaba del poema de Alvarez de Toledo"¹⁶.

IV. PRECEPTISTA DIDACTICO DE LA LITERATURA

Volvió a la patria en 1861. ¿Qué ideas traía de su largo viaje a través del viejo continente? Su biógrafo don Carlos Orrego Barros tiene un capítulo dedicado a su *Nueva orientación ideológica*¹⁷, de cuyo texto tomamos lo que nos ha parecido oportuno: "Voltaire y Barros Arana tienen en realidad —guardadas las debidas proporciones— puntos de contacto: ambos fueron enemigos de toda metafísica, ambos tuvieron una curiosidad científica insaciable y una filosofía que consistió principalmente en una perpetua guerrilla a todo prejuicio, especialmente contra el prejuicio religioso. Todo contribuía, pues, hasta el persistente deísmo de Voltaire, a facilitarle su deserción definitiva de las filas de la Iglesia Católica y mirar con simpatía la corriente volteriana". Orrego Barros, que lo trató con intimidad, en cuanto joven sobrino, en sus últimos años, cree que su tío fué más que nada un agnóstico: no creía ni negaba la existencia de Dios. En su *Manual de composición literaria*, insertó como modelo de ejercicio, un párrafo con argumentaciones contra el ateísmo, que había elegido del *Diccionario filosófico* del filósofo francés. También admiraba a los igualmente galos Comte y Littré, prefiriendo a éste último debido a la Religión de la Humanidad que el creador del positivismo introdujera en su obra durante los últimos tristes años de su vida. No tuvo la humildad y la fantasía necesarias para dudar de sus convicciones agnósticas, dedicando todos los esfuerzos de su mente a la investigación, construcción y exposición históricas, y a una intelectualista aceptación de las verdades del mundo físico. Tuvo el carácter notable de decidirse a una limitación de sus preocupaciones. Mientras tanto, junto a su

¹³ "Discurso pronunciado por don D. B. A.: en su incorporación a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, en elogio de su predecesor don Luis A. Vendel-Heyl", en *Anales de la Universidad de Chile*, Stgo., Dic. 1855, pp. 723-731.

¹⁴ Justo y Domingo Arteaga Alemparte: *Los Constituyentes de 1870*, con un bosquejo crítico de don R. Huneeus, Stgo., 1910, p. 159. (En *Bibl. Escrit. Chile*).

¹⁵ Cap. F. A. de T.: *Purén Indómito*, con Intr. de D. B. A., Leipzig, Lib. A. Franck, 1861.

¹⁶ D. B. A.: *Mi conclusión*, en *Historia General de Chile*, tomo XVI, Stgo., Imp. Cervantes, 1902, p. 370.

¹⁷ Carlos Orrego Barros: *Diego Barros Arana*, Santiago, Edics. Universidad de Chile, 1952, cap. XIII, pp. 110-121.

descreimiento, permaneció intocada la moral cristiana, heredada de su tradición occidental, ajustando toda su dignísima existencia a sus sublimes preceptos. Prefería al Cristo humano, modelo para imitar; no a Jehová y los diversos personajes del Antiguo Testamento. En suma: creía en una moral sin religión, cimentada en su tiempo y hacia el futuro, en la razón y en la ciencia pura.

Este era el hombre que iba a llegar a la rectoría del Instituto Nacional en 1863. Al año siguiente, convencido de que había que renovar programas y textos de estudio, comenzó por hacer publicar en los *Anales* el Programa de elementos de retórica que la Facultad de Filosofía había acordado¹⁸. Al año más tarde, la misma publicación universitaria acogió una serie de documentos sobre el asunto del latín y el griego¹⁹ emanados de la misma Facultad. El mismo se puso a la tarea, nueva para él, de componer unos *Elementos de Literatura (Retórica y Poética)*, publicados en 1867 y que alcanzarían nueve ediciones hasta 1912²⁰. Su honrada costumbre le hace insertar, antes de iniciar sus explicaciones, la bibliografía de que se sirviera para formarlas: Aristóteles cuyas *Poética* y *Retórica* usa en ediciones anotadas francesas. Reconoce que son la suma de lo que sobre principios literarios conocieron y practicaron los griegos. Sobre el romano M. T. Cicerón expresa que escribió siete tratados diferentes sobre la oratoria, todos ellos obras maestras, y que menciona en latín. Sobre el hispanolatino Quintiliano afirma que sus *Instituciones oratorias*²¹ son de "las obras didácticas más estimadas que nos ha dejado la literatura latina. Sus preceptos han sido aceptados y repetidos por los tratadistas modernos"²². Orador es igual a Retórico.

¹⁸ D. B. A.: *Programa de elementos de retórica acordado por la Fac. de Fil. y Hdes. de la Univ. de Ch.*, acordado por el H. Consejo, Stgo., *Anales de la U. de Ch.*, 1864, tomo XXV, p. 336.

¹⁹ *Anales de la U. de Ch.*, Stgo., 1865, tomos XXVI, p. 448, y XXVII, p. 478, "Latín y griego. Documentos mandados publicar por la Fac. de Fil. y Hdes. de la U. de Ch., acerca de las indicaciones hechas en su seno sobre el estudio de estos idiomas en los colegios del Estado".

²⁰ D. B. A.: *Elementos de Literatura (Retórica y Poética)*, Stgo., Imp. Cervantes, Obras Completas, t. III, 1908.

²¹ Marci Fabii Quintiliani: *Oratoriae Institutiones, ad Marcellum Victorium*, con trad. al cast., Madrid, Lib. de Ranz, 1799, 2 tomos.

²² D. B. A.: *Elementos de Literatura (Retórica y Poética)*, p. 9.

Saltando a la modernidad, tenemos a los españoles Ignacio Luzán, cuya poética tuvo tanta importancia en la revolución neoclásica de España en el siglo XVIII; de Capmany, su *Filosofía de la elocuencia*; de José Gómez Hermosilla, su *Arte de hablar*, ya del siglo siguiente, que considera el mejor escrito tratado sobre retórica y de composición literaria. Se inspira también en sus cercanos españoles Martínez de la Rosa y Francisco Giner de los Ríos.

Entre los franceses, anota a Rollin (traductor de Quintiliano), a Boileau, a Fénelon, hasta llegar al Diccionario universal de literaturas de Vapereau.

Entre los de lengua inglesa: las *Lectures on rhetoric and oratory*, de John Q. Adams, y, muy señaladamente, Hugh Blair: *Lectures on rhetoric and Belles Lettres*. Ha visto ediciones en traducciones española y francesa de esta obra, que considera magistral. Seguro que ella le sirvió mucho. Blair, Doctor en Divinidades, ministro de la Iglesia Anglicana, subyuga con su claridad de conferenciante muy siglo XVIII. Traducimos un párrafo ejemplar: "Las disquisiciones lógicas y éticas se mueven en una más alta esfera, y se refieren a objetos de un género más serio; el progreso del entendimiento en su búsqueda del conocimiento, y los movimientos de la voluntad en su búsqueda peculiar del bien. Ellos señalan al hombre la necesidad de mejorar su naturaleza como que es un ser inteligente, como también sus deberes en cuanto sujeto de la obligación moral. Las bellas letras y la crítica lo consideran a él como un ser premunido de tales poderes de gusto e imaginación, que los tales bastan para embellecer su espíritu y para proporcionarle una distracción racional al mismo tiempo que útil"²³.

Su *Retórica y Poética* se enfrenta en la "Introducción" al problema previo de definir términos. Nos dice: "Aquí no damos a la palabra literatura aquella significación" (el conjunto de producciones escritas en cierto país o tiempo, o en todos los tiempos). Para Barros Arana literatura es el conjunto de reglas "que la observación y el buen gusto han sugerido a los hombres ilustrados para juzgar las obras literarias y para componerlas. Si la literatura, comprendida en este último sentido, no aspira a darnos reglas invariables para

²³ Hugh Blair: *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres*, London, P. T. and J. Allman, 1825, p. 6.

componer obras literarias, nos enseña a lo menos a guiar nuestro juicio y a evitar los defectos que puedan empañar nuestros escritos" ²⁴. ¿Qué la distingue de la gramática? Pues que ésta se ocupa del lenguaje, de su forma, de sus cualidades y de sus defectos; mientras que la literatura clasifica y estudia las obras en que deben encontrarse todas aquellas condiciones, examinando a la vez el enlace de los pensamientos y la manera más o menos vigorosa de expresarlos. "La gramática estudia el lenguaje: el dominio principal de la literatura es el estilo" ²⁵. "Toda composición literaria regularmente concebida es la obra de la inteligencia, de la imaginación y del gusto. La inteligencia descubre algún horizonte nuevo, y en este camino toma el nombre de *genio*; o bien concibe de una manera propia ideas ya conocidas, y entonces toma el nombre de *talento*. La imaginación reviste con formas y con colores las concepciones de la inteligencia, y las despoja así de toda aridez. En fin, el gusto dirige la imaginación y contiene sus extravíos, autorizando, sin embargo, su atrevimiento" ²⁶. Sigue nuestro preceptista a sus fideístas inspiradores, cuando nos asegura que "el talento, así como el genio, es un don de Dios; pero es mucho menos raro" ²⁷. Está persuadido de que el gusto es la facultad más susceptible de perfección entre las que poseemos. Aunque no se pueda decir que haya un gusto universal, aunque haya que partir en cuestiones de gusto de nuestra particular situación espacio temporal, puede asegurarse que "los caracteres del gusto perfeccionado se reducen a dos, delicadeza y corrección" ²⁸. El sumo legislador es el gusto emanado de la sensibilidad y perfeccionado por el estudio. Y el bien escribir no es producto mecánico de la aplicación de reglas: hay en ello algo especialísimo, en que se mezclan un gran trabajo, un persistente estudio, una continuada práctica y un esquisito gusto. Ahora bien: la aplicación de las reglas que pueden discernirse, se llama crítica.

Al hacer su sistema descriptivo de las composiciones literarias, Barros Arana adscribe a la tesis de que los que tuvieron prioridad en la historia literaria fueron los versos, es decir, la poesía lírica. "Los prin-

cipales géneros en que la prosa domina, pueden reducirse a tres. El hombre se propone convencer o persuadir de una cosa mediante el empleo de la palabra escrita o hablada; referir sucesos pasados o ficticios; o enseñar las nociones de las ciencias. En el primer caso cultiva la oratoria; en el segundo la historia, si narra sucesos verdaderos, o la novela si cuenta sucesos ficticios; y en el tercero la didáctica. De modo, pues, que todas las composiciones en prosa pueden ser clasificadas como oratorias, narrativas o didácticas" ²⁹.

Nos interesa destacar todavía: la novela y las composiciones didácticas. La novela es entretenida o instructiva. En efecto, a veces es viva forma de lecciones éticas o filosóficas, por medio de la cual las altas verdades especulativas se hacen accesibles, por la sensibilidad, a los espíritus menos cultivados o profundos. En un apartado bien acotado hay que situar aquí a su admirado Walter Scott, quien "operó la resurrección de los tiempos pasados por el colorido local, el diálogo, la ciencia de los detalles y el estudio profundo de las costumbres" ³⁰. En cuanto a las composiciones didácticas: "los tratados elementales, que se podrían llamar libros puramente didácticos, son obras en que el escritor expone los principios y las reglas de una ciencia y de un arte. Es fácil comprender que en obras de esta naturaleza el genio no tiene nada que crear en el fondo" ³¹. Fuera de los anteriores, hay tratados magistrales, disertaciones especiales y textos de crítica literaria, que son más altos en sus vuelos, y permiten cierto margen de originalidad y desborde de virtudes creativas. Son distintos de los tratados didácticos, donde el método literario no vendría a ser otra cosa sino que el orden de la enseñanza. En ellos, el estilo debe ser neto, sencillo y claro. No son como los tratados científicos de fuste: no aportan nada a la observación y a la experimentación, limitándose a recoger los resultados al día de la disciplina. Tienen un distintivo carácter de obras de difusión más que de creadora y difícil problemática.

El biografista Ricardo Donoso nos narra cómo el año 1871 Diego Barros Arana fué elegido Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades, en el mes de julio. Dos meses más tarde daba a la publicidad

²⁴ D. B. A.: *Elementos de Literatura (Retórica y Poética)*, p. 11.

²⁵ *Ob. cit.*, p. 12.

²⁶ *Ob. cit.*, pp. 13-14.

²⁷ *Ob. cit.*, p. 15.

²⁸ *Ob. cit.*, p. 16.

²⁹ *Ob. cit.*, p. 170.

³⁰ *Ob. cit.*, p. 229.

³¹ *Ob. cit.*, p. 238.

su *Manual de composición literaria*, texto auxiliar para la enseñanza de la literatura, a la que Barros Arana, junto con la geografía física, tanto se aficionaría, hasta mantener sus cursos durante todo lo que le restaba de existencia docente en el Instituto Nacional. Alcanzó la 4ª edición en 1888 y, al igual que el anterior tratado didáctico de literatura, fué incluido en las *Obras Completas*³². Los temas de composición los clasifica, pragmáticamente, en doce grupos diferentes: 1º Traducción al castellano de fragmentos escritos en un idioma extranjero; 2º Traslación a prosa de una composición escrita en verso castellano; 3º Traslación al lenguaje moderno de algunos fragmentos escritos en castellano antiguo; 4º Explicación de algunos sinónimos y homónimos; 5º Cartas familiares; 6º Narraciones; 7º Descripciones; 8º Retratos; 9º Paralelos; 10. Disertaciones; 11. Diálogos, y 12. Análisis literarios y buenos modelos. Vemos en el primer grupo cómo su propia experiencia juvenil era calurosamente recordada y recomendada. Los otros dos siguientes tienen que ver en parte con el ejemplario que ofrece la historia de la literatura y de la lengua, mientras que sus definiciones, descripciones y clasificaciones de los grupos 6º al 9º, inclusive, se conectan fácilmente en el grueso libro de *Composición literaria*, con una densa antología de textos paradigmáticos, fruto de una larga experiencia de lecturas y de ejercicio crítico del gusto del mismo autor, tantas veces presentado a sus potenciales contradictores ideológicos y estéticos, cuya "mala imitación... ha confundido la dignidad histórica con la gravedad empalagosa y con la pesadez de la forma", según amenaza así y en muchas otras maneras, reiterada por un pertinaz polemista de las ideas y métodos históricos que hoy campea por una brillante concepción, de atractiva y peligrosa dialéctica³³. Narración es, en efecto: "la exposición de un hecho real o imaginario, desde su origen hasta su fin"³⁴. Para que una narración sea reconocible y eficaz, debe ser una, clara, verosímil, interesante y corta. Tal como la épica, la dramática y, por veces, la no-

vela y el cuento, deben componerse de exposición, nudo y desenlace. Grandes narradores espigados de la historia literaria: Macaulay, Tácito, Suetonio, Plinio el Joven, Guicciardini, Prescott (recuérdese aquí su *Captura de Atahualpa, el Inca*), Swift, Cicerón. Es decir, historiadores, imaginativos y oradores. "La Descripción es una representación viva y natural de los objetos para darlos a conocer, poniéndolos, por decirlo así, a la vista. Traza las formas, los colores y la fisonomía con una gran fidelidad, para producir por el estilo la misma ilusión que un artista de talento obtiene por medio de la pintura, esto es, que el lector se imagine ver los objetos que se le describen"³⁵. Sus paradigmas son conocidos por don Diego en: Chateaubriand, J. Michelet, A. de Humboldt (*Bellezas del hemisferio austral*); Robertson (*Colón recibido por los Reyes Católicos en Barcelona*); Head (*Las pampas de América*). Dos textos para muestra:

"Se experimenta un sentimiento extraño y desconocido cuando se avanza hacia el Ecuador, y sobre todo cuando se pasa de un hemisferio a otro y se ven abajarse gradualmente y desaparecer al fin las estrellas que se ha aprendido a conocer desde la primera infancia. Nada recuerda más vivamente al viajero la distancia de su patria que la vista de un nuevo cielo. La acumulación de las grandes estrellas, algunas nebulas dispersas que rivalizan en brillo con la Vía Láctea, y espacios notables por un color negro poco común, dan al cielo meridional una fisonomía particular. Este espectáculo sorprende la imaginación aun de aquellos que, no habiendo estudiado las ciencias elevadas, contemplan la bóveda celeste como se admira un hermoso paisaje o un majestuoso punto de vista". Luego siguen la botánica, la meteorología, etc. (A. de Humboldt, *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*, t. I).

"El primer cuidado de Colón fué poner en noticia del rey y de la reina, que estaban entonces en Barcelona, su llegada y sus descubrimientos. Fernando e Isabel, igualmente sorprendidos y enajenados de un resultado que casi no esperaban, contestaron a Colón de la manera más honorífica, mandándole que pasase inmediatamente a la Corte, pues querían saber de él mismo los pormenores de su expedición y las circunstancias del señalado servicio que

³² D. B. A.: *Manual de Composición Literaria*, Santiago, Imp. Cervantes, Obras Completas, tomo V, 1910.

³³ Francisco A. Encina: *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la Historia*, Stgo., Edit. Nascimento, 1935, p. 78.

³⁴ D. B. A.: *Manual de Composición Literaria*, p. 108.

³⁵ *Ob. cit.*, p. 167.

acababa de hacerles. En su viaje a Barcelona, el pueblo corría en tropel de todos los pueblos vecinos del camino, le seguía con admiración y le prodigaba los mejores aplausos. Los reyes dispusieron que su entrada a la ciudad se hiciese con todo el aparato correspondiente a un acontecimiento que iba a dar tanto lustre a su reinado. Los indios que Colón había traído de los países que acababa de descubrir, marchaban los primeros; su color, su fisonomía y la singularidad de toda su persona, los hacían ser considerados como hombres de una nueva especie; después de éstos, se llevaban los adornos de oro trabajados por el arte grosero de estos pueblos, los granos de oro encontrados en las montañas y los polvos del mismo metal recogidos en los ríos, y por último todas las nuevas producciones de aquellos nuevos países. Colón cerraba la marcha, y llamaba la atención de los espectadores. Todos contemplaban con admiración a este hombre extraordinario, cuyo genio y valor habían conducido a los españoles, por medio de mares desconocidos, al descubrimiento de un nuevo mundo" (Robertson, *Historia de América*).

Por su parte, los Retratos "consisten en la descripción exterior o de carácter de una o muchas personas. De todos los adornos que entran en la composición de las obras narrativas, es éste el que más interesa, y también el que más atrae la atención del lector"³⁶. Se clasifican en: 1º Retratos generales (de un grupo considerable de hombres; los atenienses, v. gr.); 2º Retratos morales o caracteres (que se remiten a un vicio, una extravagancia, una ridiculez, etc.); 3º Retratos literarios (no tanto buscan dar el carácter de un escritor o cualquier otro que sea su equivalente, sino que las tendencias de su genio, el espíritu de sus obras, su gusto, su *estilo*. Estuvieron en su tiempo muy en boga. Suponen detenido estudio de las obras del escritor tratado), y 4º Retratos históricos (de personajes determinados, que ocupen un lugar en la Historia). Algunas veces se necesita dar a conocer los rasgos exteriores: rostros; pero la parte más importante es la pintura de las costumbres, de las virtudes y de los vicios. Lo que más distingue a los hombres en la Historia no es el rostro, sino que su genio. Este retrato exige el conocimiento cabal de los hechos. Deben ser característicos estos retratos, pues lo que se parece a

todo el mundo no podrá servir para caracterizar a nadie. Al mismo tiempo que el historiador, el respectivo autor de obras de imaginación, como la epopeya o la novela, hace también sus retratos. "Aunque los personajes que se caracterizan son de pura invención, conviene someterlos hasta cierto punto a las reglas relativas al retrato histórico; es decir, es necesario dar a los seres imaginarios un carácter no sólo en armonía con la naturaleza, sino palpable y distinto del de la generalidad de los hombres"³⁷.

Más inclinado que a Hugo, quien fuera traducido por Bello, muy su comprendedor, a pesar de su renuente clasicismo, en aquella su actitud tan abierta en lo social y tan de mago poeta, hemos visto que a su discípulo historiador Barros Arana le plació traducir a Alejandro Dumas y a otros novelistas más directamente influenciados por elementos históricos en sus creaciones. De allí la afición que también tuvo el honrado educador y erudito por Walter Scott. Y de allí también que, interpretando lo de realista que tuvo en sus comienzos la novelística de Alberto Blest Gana, hizo la crítica de *Martín Rivas*, el mismo año de su aparición en el *Correo del Domingo* (1862), pues veía en ambas tendencias una prosecución de ideales, similar a la que observamos cuando la historiografía romántica del "color local" es sucedida en la Europa de su siglo por la reacción realista en los trabajos históricos. Ya en 1853 el activo Barros Arana había sostenido por su cuenta *El Museo*, como lo dijimos. Allí ofreció alero generoso a sus jóvenes colegas románticos y liberales, entre los que contaba Alberto Blest Gana, que allí se estrenó con su novela *Una escena social*, creación narrativa que fuera acremente censurada por la *Revista Católica*. En 1860, Blest Gana triunfó en el Concurso abierto por la Facultad de Filosofía, que en la convocatoria pedía "una novela en prosa, histórica o de costumbres, al arbitrio del autor, pero cuyo asunto fuese precisamente chileno". Los historiadores literarios están de acuerdo en conferir al joven autor chileno el mérito de haberse adelantado en no menos de un decenio al realismo novelesco de Galdós, el máximo autor español contemporáneo en el género tratado. Tras esa serie promisoriosa vienen los treinta y tres años de silencio literario para Alberto Blest Gana, pundonoroso Gobernador y contraído diplo-

³⁶ *Ob. cit.*, p. 223.

³⁷ *Ob. cit.*, p. 225.

mático muy pronto en la sucesión de sus ascensos en la vida funcionaria. Jubilado, instalado definitivamente en París, dió a luz *Durante la Reconquista*. Ese mismo año de 1897 Don Diego se apresuró a hacerle cumplida crítica en los *Anales* de la Casa de Bello (núm. XCVII), tratándola de novela histórica, y declarando con proba ingenuidad que, si bien el autor conoce muy bien la crónica de los años 1814-1817, se aparta a veces de su hilo para dar la vida artística suficiente a los personajes y a las situaciones que ha fabulado.

A propósito del *Manual de composición literaria* de Barros Arana, aparecido en el largo intermedio, como sus otras obras de preceptiva e historia literaria, es leal reconocer que tales modestos tratados escolares le dieron, sí, a él mismo, una laboriosa perspectiva de la literatura, que mucho serviría a su magna empresa de historiógrafo. Retomando lo dicho sobre "retratos", nos asomamos a la parte antológica del *Manual*. Allí nos acompañan los modelos escritos por Tucídides, Bossuet, Fénelon, Tito Livio, Salustio, Thierry (Atila), W. Scott (su Jacobo I de Inglaterra), el P. Mariana (Don Alvaro de Luna), Cervantes, etc. Ponemos la atención, como final, en el Paralelo, que "no es más que la comparación de dos retratos. Evidentemente, está sometido a las mismas reglas que ellos. No son ni pueden ser vanos ejercicios de estilo y de composición; por el contrario, deben estar fundados en un estudio cabal de los hechos, y no deben reflejar más que la verdad"³⁸. Agreguemos que los paralelos pueden ser de tantas clases como los ya reseñados retratos. Modelos: Bossuet (Atenas y Esparta); Montesquieu (Roma y Cartago); Víctor Hugo (las mismas anteriores), y Voltaire (Carlos XII y Pedro el Grande).

Volviendo a los preceptos generales, ¿qué es, entonces, lo que distingue a la llamada Composición literaria de la ya conocida Retórica (y, por analogía, su hermana la Poética)? Considera que ésta es normativa, preceptual, mientras la Composición literaria se nos presenta como un dinámico curso de ejercicios, de ampliaciones prácticas de lo aprendido teóricamente, y de realizaciones muy concretas en el proceso de adquisición del "arte de escribir". Las inspiraciones ejemplares deben llegar a ser universales, pues la literatura castellana—declara— no ofrece un campo lo demasia-

damente rico, como se requiere. Y esto, a pesar de que Cervantes sólo suministra un caudal inmenso de modelos literarios; pero no se recomienda la parcelación de tal genio sin segundo, en trozos de exposición: hay que conocerlo entero.

Sus reflexiones son muy prácticas y atinadas: "En nuestra lengua faltan los diccionarios biográficos y enciclopédicos que en otros países están al alcance de todos los estudiantes"³⁹. Insiste que la práctica a que aboca a los jóvenes, no excluye la retórica y sus preceptos. El trabajo de composición, ¿en qué consiste? En tres cosas: encontrar las ideas, elegir las y, por fin, ordenarlas. Consolémonos si no nos llegan generosas y fáciles tales ideas. Ya llegará la edad en que—resultado de la memoria, de la experiencia y de la reflexión—meditaciones más serias hayan, en total, corregido la ligereza natural del espíritu. "Por otra parte, es menester observar que las ideas no tienen únicamente su origen en la imaginación, lo tienen también en los conocimientos adquiridos. La imaginación por sí misma es bastante limitada; pero el estudio y la lectura pueden desarrollarla hasta lo infinito; mientras más aprende, más rica y fecunda se hace; mientras más se la ejercita, más produce"⁴⁰. Para triunfar conmoviendo a nuestros lectores o auditores, debemos aprender con técnica a desechar las ideas débiles y flojas, las desmesuradas y vulgares, reservando aquellas más a propósito para excitar la sensibilidad, y si queremos agradar, insistiremos, a su debido turno, en las ideas agradables o cómicas. Hay que saber aprovechar los "lugares comunes", si es que no queremos arrojarlos en definitiva; allí está el arte del que escribe, sabiendo refundirlos naturalmente con el asunto mismo de la composición, de modo que parece manifestarse espontáneamente y no como risible miembro postizo. Nada hay, también, peor que la confusión; hay que saber ordenar la *serie de ideas*, usando y hasta inventando las transiciones armoniosas que unen una idea con la otra próxima. Conseguido todo esto, hemos logrado la cortesía del estilo, que es la claridad. Solamente con la claridad lograremos que las ideas se mantengan nuevas, convincentes, poderosas; sin ella, las ideas lucharán unas con otras, como en la imagen misma de la anarquía.

Nos enfrentamos así al gran tema del

³⁹ *Ob. cit.*, p. 7.

⁴⁰ *Ob. cit.*, p. 11.

³⁸ *Ob. cit.*, p. 268.

estilo o elocución. Para que esto se comience siquiera a manifestar, el preceptista nos recomienda que cuidemos —y los antiguos le daban mucha importancia— de la invención (dominio del asunto y de los recursos que a él pudieran acomodarse), cuanto de la disposición (el orden de las ideas del asunto y sus recursos). Los estilos son muy variados, pero su más crasa diferencia reside en los ingenios que se presentan. Según Marmontel, el simpático crítico del siglo XVIII, los ingenios son: claro, fino, vasto, metódico, profundo, luminoso y fecundo. Por ello, el carácter de un escritor se comunica a sus escritos. “La energía o la debilidad, el atrevimiento o la timidez, la languidez o la vehemencia del estilo, dependen de las cualidades del alma y de las facultades del ingenio”⁴¹. Pero es que, además, el estilo debe adaptarse a la materia sobre la que se escriba. Por ello, hay dos tipos de cualidades del estilo: las esenciales (inherentes a todo escrito) y las accidentales (eventuales o peculiares de cada género de composición).

Hoy en día, reconociendo que el conjunto de los procedimientos de estilo llevaba a un estudio especial, que llamaban retórica, a la vez técnica de expresión y de valoración crítica, entre los hombres cultos de la Antigüedad, se ha proclamado la sustantividad de los primeros. Así es como ha nacido la Estilística. Como puede verse, no sabríamos decir hasta dónde los tratadistas de la tradición que Barros Arana representa con modestas pretensiones escolares liceanas, pudieran quedar excluidos del rango dinámico que hoy parece un ideal de las ciencias literarias, para quedar en la inmóvil norma de equívoca “retórica”. Trataremos de verlo mejor más adelante.

V. LAS HUMANIDADES Y LA CRÍTICA LITERARIA

Barros Arana pasó la transición de su puesto de Rector en el Instituto, hasta su inícuca destitución (si hemos de ser consecuentes con los principios de Estado docente y de cientifismo educativo que propugnaba) en la grata labor de componer una serie de biografías. En ese decenio había estudiado mucho, como si su curiosidad no hiciera sino irle constantemente diciendo que todo saber de historiador es poco, frente a la inmensidad de las crea-

ciones humanas al través de los tiempos y de las áreas culturales. Ciencias naturales y exactas, y, como un nexo con los conocimientos literarios, la geografía física, de la cual escribiera un excelente tratado escolar. Nos dice Ricardo Donoso: “Tenía Barros Arana dotes admirables de investigador laborioso e incansable, una pasión ardiente por los estudios de erudición, y una cultura tan sólida como extensa en todos los ramos del saber humano. Fué el suyo el caso de un humanista completo, que si bien demostró especial predilección por las disciplinas de la investigación histórica, no por eso descuidó cultivar otros campos del conocimiento; así le eran familiares la fisiología y la geografía física, la astronomía y la lingüística, la historia literaria y las ciencias naturales. Por eso, esos sus ensayos que hemos recordado anteriormente conservan todo su valor, como estudios realizados en fuentes de primera mano, que aun cuando muchos de ellos han sido completados en monografías e investigaciones posteriores, bien pueden considerarse fundamentales”⁴². En carta a su gran amigo argentino, Bartolomé Mitre, que fuera un período Presidente de la vecina República, le expresa después de su salida de la rectoría institutana: “Por mi parte, vivo lo más lejos de la política que me es posible vivir. Fui Rector del Instituto Nacional durante diez años. Trabajé con un tesón incontrastable por reformar la enseñanza, estudiando yo mismo por la noche lo que debía enseñar al día siguiente, y aprendiendo así lección por lección, lo que no había estudiado antes. Creo que mi acción sobre la enseñanza no ha sido inútil, y que al fin he conseguido introducir útiles reformas y despertar en la juventud el amor por ciertos estudios que antes se hacían mal o no se hacían”⁴³.

Hemos de recordar, más que no sea sino para dibujar en forma completa los aspectos que nos interesan del Humanismo, que en nuestro país hubo docencia filosófica en la medida de un muy mediocre desarrollo de la disciplina en los siglos coloniales. Quizá sea el *lacuncismo* el producto teológico-filosófico más significado que lograra chileno alguno, pero es muy seguro que esta doctrina quiliástica del jesuita expatriado en Italia es luz única en esos años dedicados a más tangibles preocupaciones.

⁴¹ *Elementos de Literatura (Retórica y Poética)*, p. 25.

⁴² Ricardo Donoso: *Diego Barros Arana*, Stgo., Imp. Universitaria, 1930, p. 88.

⁴³ *Ob. cit.*, p. 83, cita.

Durante la República, profesores como don Ventura Marín, don Ramón Briseño y, también, don Andrés Bello, marcan pocos nombres para el recuerdo de la enseñanza de la filosofía en la pasada centuria. En estas condiciones, ¿se podría pedir que se impartieran ramos muy especializados dentro del orbe filosófico? Bien es cierto que Barros Arana durante su rectorado en el Instituto, convencido de que no se le da a este saber todo lo debido, aumenta a dos años su plan de estudios, permitiendo así que los alumnos profundicen la teodicea y la moral y se inicien en la historia de la filosofía. ¿Podría pensarse en enseñar, por ejemplo, la estética? En manera alguna, aun en la Universidad. Por eso las convicciones estéticas jugaron casi nulo papel en las contiendas artísticas y literarias de esos años. Claro está que hombres como Bello tienen su propia filosofía, aunque ella no sea original, sino que adopción de la escuela escocesa. Altamente utilitario, en el mejor sentido de esta palabra, don Andrés Bello se ha formulado a sí mismo una estética literaria normativa. "Ceñida a la tradición clásica de griegos, romanos y renacentistas —opina Norberto Pinilla—, no siempre sabe comprender la inquietud insurgente de la nueva generación. Con todo, su magisterio en el orden artístico es sobrio, valioso y sincero"⁴⁴. Es de considerar que, si el Maestro de los que aquí sabían sus artes o ciencias, había aceptado la filosofía que más conoció, por sus relaciones británicas tan sostenidas, aquéllos se confirman más que nada con decorosas creencias, opiniones o personales y subjetivas concepciones del mundo y de la vida, excepción hecha de algunos talentos que adhirieron en alguna hora de su desarrollo espiritual, a la doctrina positivista. También respecto de esta novedosa filosofía de ese ayer nuestro, hay que precisar que los adherentes presentaban grados mayores o menores de conciencia, de conocimiento de sus fundamentos, de *positividad* en su aprehensión de su sistema, no siempre fácil a los asaltos de los que en ella comenzaban por *crear*.

Más de una generación mayor que los primeros exponentes literarios y humanistas (había nacido en Caracas, en 1781), representaba Andrés Bello la madurez del *scholar* europeo, especialmente británico, con todas sus perfecciones y con todas sus

prudencias. De allí su eclecticismo, "la generosa amplitud de su visión crítica", como prefiere concebirlo su distinguido biógrafo Eugenio Orrego Vicuña⁴⁵. Su gran influencia, ni clásica ni romántica, según la estimativa de Orrego, ha sido reconocida por nuestra crítica de calidad. Es preciso verlo, años más tarde, en la Universidad, desde cuyo rectorado pudo recoger los frutos de sus esfuerzos primeros y de su fe en la obra que había emprendido en este lejano país, ya lindando el medio siglo de su edad. Verémoslo rodeado del sabio Domeyko, mineralogista polaco, radicado para siempre en Chile, y de universal reputación; del impetuoso Sarmiento, americano genuino; de Rodolfo A. Philippi, el naturalista; del economista Courcelle-Seneuil, y de su compatriota el naturalista Amado Pissis; del matemático vizcaíno Andrés Antonio de Gorbea; de los latinistas Vendel-Heyl y Lobeck; del médico Lorenzo Sazié; del historiador argentino Vicente F. López; del músico Desjardins; del pintor Cicarelli; del astrónomo Moesta; del arquitecto Brunet de Baines, y de varios otros más. ¿Para qué mencionar a los chilenos, discípulos todos del venezolano? Para el atento lector resalta un dato: la abrumadora mayoría de científicos. Es que eso era lo que necesitaba la Universidad para afianzar su servicio nacional.

Fuera de las obras magistrales de Bello en gramática y ciencias literarias, justo es reconocer que la producción no fué abundante en esos años de fundación. Fuera de algo dejado por el sufriente Vendel-Heyl, es preciso mirar hacia su sucesor para encontrar que Justo Fabián Lobeck produjo: *Filología clásica. Reflexión sobre el actual empleo, en casi todos los idiomas modernos, de muchísimas expresiones originalmente griegas, o derivadas de palabras griegas, o compuestas con ellas* (Anales, 1861). Este profesor de griego, alemán y latín produjo ese mismo año su *Historiae litterarum romanorum breves annarratio* (Compendio de historia de la literatura latina). Al año siguiente insertó en los *Anales*, *Ojeada retrospectiva sobre mitología clásica*. Barros Arana comentó encomiásticamente el Compendio de Lobeck: "Esta obra es un compendio muy bien he-

⁴⁴ Norberto Pinilla: *La generación chilena de 1842*, Stgo., Edics. de la Univ. de Chile, 1943, p. 42.

⁴⁵ Eugenio Orrego Vicuña: *Don Andrés Bello*, 3ª edic., Stgo., Imp. Leblanc, 1940, p. 187.

cho de la literatura latina, y que revela un gran conocimiento de la materia" ⁴⁶.

Uno de los problemas académicos de más larga duración en ese tiempo fué la llamada "cuestión del latín", que tuvo un desenlace contrario a su enseñanza obligatoria en los distintos grados de la enseñanza fiscal.

Quede dicho que todos los que intervenían en estos debates, partidarios o impugnadores de su permanencia en los planes de estudios, sabían o, por lo menos, poseían los fundamentos de aquella lengua muerta, en disputa. En cuanto a don Andrés Bello, el biografista Barros Arana, tras enumerar sus estudios especulativos de psicología y lógica, prosigue: "Sabía el latín como lo aprenden los sabios, dándose cuenta cabal de todas las rigurosas complicaciones de su gramática y de las variaciones que su vocabulario primitivo había experimentado en el transcurso de los tiempos, durante la época de mayor esplendor de la literatura latina y en los siglos de la decadencia. Conocía bien el griego, hablaba como su idioma nativo el francés y el inglés, sabía a fondo el italiano, el provenzal y el portugués, y no le era desconocido el alemán. Estudió el español como no lo había estudiado nadie antes, en su origen, en sus evoluciones y en el estado actual, y fijó sus principios en un libro fundamental en que cada precepto, cada observación, descansa sobre una base indestructible..." ⁴⁷.

En cuanto a la crítica, la retórica tradicional le asignaba la tarea de valorizar en qué medida el literato explotaba, con procedimientos normativos, lo que se había estatuido como permisible dentro de su literatura. Hoy día se considera que el crítico tiene que estar vinculado a la lingüística, a la historia literaria y a la literatura imaginativa, lo que no agota las disciplinas que le son requeridas. La filosofía, tanto histórica como teórica, es doblemente necesaria. El estudio de las artes plásticas y de la música, ayudan a entender no tan sólo "medios", sino que, por el contrario, lo que entre ellas hay de diferencias de función y propósito. Las ciencias sociales y culturales también proveen recursos para dominar la comprensión del medio ambiente. La crítica debe permanecer fiel a la doble responsabilidad del

análisis concreto y de la teoría especulativa. Depende, en fin, de nuestra convicción de que la literatura es la vida dentro del arte, y de que el acto integral de la crítica literaria implica un juicio también integral, estético y filosófico. En cuanto a las ideas que cerca de cien años atrás expresara el historiador estudiado, conciben a la crítica como misión de alguno que tenga "a más de un talento sólido, el sentimiento vivo y delicado de las bellezas y de los defectos; una grande honradez, la elevación del sentimiento moral, una inteligencia profunda de la verdad, una ilustración sólida y variada, en fin, un talento de escribir exento de todos los defectos que ella condena" ⁴⁸.

Horacio, el gran poeta latino, crítico ocasional, decía en tono de burla, que la crítica era como la piedra de afilar, "que pone al hierro en estado de cortar, sin que ella misma pueda cortar" ⁴⁹. Haciendo Historia de los siglos más próximos, palpamos que la crítica hace su aparición juntamente con el renacimiento de las letras y de la erudición. En el siglo XVIII alcanzó gran altura en Gran Bretaña, con Addison, Johnson y Blair, mientras que en Francia fué Voltaire quien la rehabilitó, por su dicción graciosa, ingenio agudo y seriedad honda de sus juicios. En la contemporaneidad, la crítica terminó, ansiosa de mayor certidumbre, por apoyarse "en la historia, en la política, en la biografía, en la moral, y pasó a ser una parte de la historia general. Macaulay, entre los ingleses; Villemain, Sainte Beuve y Planché, entre los franceses, pueden ser presentados como modelos" ⁵⁰. Siguiendo el normativismo de los críticos de la época de Diego Barros Arana, tenemos que se puede concluir en que la crítica consiste en la aplicación de las reglas literarias antes descritas en este trabajo. En este sentido, ella es juicio equitativo, ilustrado examen de las obras artísticas. El vocablo crítica proviene de una voz griega que significa juzgar, lo que estaría de acuerdo con el espíritu legalista del criterio crítico, en determinados exponentes de la pasada centuria. Todo lo cual no excluye que la llamada "crítica impresionista", ya conocida por los románticos, se ciñera a una concepción general radicalmente opuesta a la esbozada.

⁴⁶ D. B. A.: *Nociones de Historia literaria*, tomo IV, Obras Completas, Stgo., Imp. Cervantes, 1908, p. 18.

⁴⁷ D. B. A.: *Estudios biográficos*, tomo XIII, Obras Completas, Stgo., Imp. Barcelona, 1914, p. 255.

⁴⁸ D. B. A.: *Elementos de Literatura (Retórica y Poética)*, p. 240.

⁴⁹ *Ob. cit.*, p. 241.

⁵⁰ *Ob. cit.*, p. 242.

VI. LA HISTORIOGRAFÍA COMO MODALIDAD LITERARIA

Dice Barros Arana que "la historia es la narración de los sucesos pasados hecha para la enseñanza del siglo presente y de los venideros". Recurriendo a los grandes autores, tenemos que Cicerón la consideraba el testigo de los tiempos, la luz de la verdad, la escuela de la vida. Transponiendo las edades para asomarse al siglo del tratadista, tenemos que el XIX fué testigo —según él mismo tiene muy presente— de los enormes progresos de los estudios accesorios: ciencias sociales, arqueología, paleontología, numismática, geografía, etnografía, lingüística, etnología, ciencias culturales, etc., todo lo cual ha hecho posible el darle al pasado movimiento, colorido, nueva vida.

Una de las preocupaciones del tratadista es mostrar que, además de todas esas excelencias de contenido, la historiografía debe buscar empeñosamente la gravedad y la dignidad del estilo. No debe caer ni en lo ingenioso ni en lo profundo, por sí mismos. El historiador debe huir de las patéticas dramatizaciones y de las elegancias postizas. "El estilo histórico, en una palabra, debe corresponder a los hechos cuya imagen traza y cuyos movimientos representa: no debe exagerarlos ni atenuarlos; debe tener constantemente nobleza, dignidad, energía; y aunque tome sucesivamente los matices diversos de los asuntos que pinta, conservará una perfecta unidad que no daña a la flexibilidad del estilo, ni a la riqueza, ni a la variedad de las expresiones"⁵¹. Así como hay *lugares oratorios* (recursos), posee la Historia sus denominados *lugares históricos*. Estos pueden clasificarse así: 1º Las máximas o reflexiones; 2º Los retratos y paralelos; 3º Las arengas o discursos; 4º Las descripciones, y 5º Las digresiones o disertaciones. No es que tales *lugares* le sean indispensables para existir; pero no es menos verdadero que, bien distribuidos, ellos dan más comunicabilidad y expresividad a la Historia. Barros Arana entiende el ideal de una Historia completa, que abrace todos los elementos constitutivos de la cultura, la costumbre, la vida y el espíritu que constituyen la Humanidad o un trozo significativo de la misma: la religión, la política, la literatura, las artes, las ciencias, las técnicas, las costumbres. En el caso ideal perfecto, debería cubrir todos

los tiempos y lugares. Fácil es ver que tal empresa es superior a las fuerzas de un solo hombre y, a veces, de toda una docta corporación. Si recurrimos al esquema providencialista de San Agustín, en su consideración de la Historia, podemos distinguir historia sagrada e historia profana. Esta última, que se puede preocupar de las relaciones de los hombres entre sí, será en ese caso, historia civil, y en cuanto mira al desarrollo de la inteligencia, será historia literaria. Las demás divisiones son mejor conocidas: historia universal (el planeta), historia general (una nación completa), particular (Guerra del Peloponeso, p. ej.).

Otras especies de obras históricas: las crónicas y los anales.

"Se llama *crónicas* a las historias de un país, de una localidad, de una época, de una comunidad religiosa, de una familia o de un hombre, escritas ordinariamente por testigos oculares o por contemporáneos, si bien algunas refieren sucesos alejados del autor"⁵². Son un producto fortuito del aislamiento europeo medieval y comenzaron por ser escritas en latín.

"Los *anales* son libros históricos en que los sucesos están referidos año por año"⁵³.

"La *historia literaria* abraza no solamente la literatura, sino también las ciencias y las artes"⁵⁴. Como la civil, puede ser universal, general o particular (de todos los pueblos; de una sola nación, y de un solo período, respectivamente). Puede ser también especial, como por ejemplo, una historia de la novela, de las matemáticas, del deporte, etc.

Si en vez de contarnos la vida de un grupo de hombres, el historiador se detiene en la vida de un hombre (más o menos célebre), tenemos la *biografía*. Cuando tal pieza engloba extensamente acontecimientos políticos, militares o literarios, etc., de su tiempo, tenemos la *memoria*.

Con ánimo exclusivo de agrupación de términos que pudieran ser coherentes, nos permitimos agregar a los géneros históricos ya descritos, uno más, que el historiador Encina incluye en el cuadro que elaboró: *la tradición*. Junto con la crónica y la biografía, la tradición manifiesta predominancia del aspecto artístico sobre el nudo material histórico. Sin dejar de ser fiel a la fisonomía del pasado y a los hechos y personajes que fueron realmente, "la tradición

⁵¹ *Ob. cit.*, p. 219.

⁵² *Ob. cit.*, p. 219.

⁵⁴ *Ob. cit.*, p. 220.

⁵³ *Ob. cit.*, pp. 212-213.

tiene una flexibilidad extrema: puede deslizarse por resquicios donde no cabe otro género literario y llegar al espíritu del pasado por senderos inaccesibles a la historia y a la crónica. El capítulo de frailes, el juicio de divorcio, la aventura galante, la reyerta, el pleito, la devoción de un santo, el milagro de otro y mil sucesos de igual índole son los hilos vivos con que la lanzadera del suceder va tejiendo la vida familiar y social: basta recogerlos intactos para que la reconstitución de la tela se realice espontáneamente en nuestra imaginación. Ha sido un error de la historiografía no haber acogido este género desde el primer momento para someterlo a sus fines, en vez de dejarlo degenerar en una forma híbrida, que no es historia y sólo a medias es arte"⁵⁵.

Sabemos que, tras la polémica de don Andrés Bello y el joven abogado y poeta Jacinto Chacón, sobre los métodos de la Historia, quedó claro que el Maestro era partidario prudente del llamado *ad narrandum*, de la exposición analítica de los hechos. Por esa misma fecha, el ideólogo don José Victorino Lastarria se manifestó partidario, precisamente de la llamada historia filosófica y del método *ad probandum*. ¿Cuál fué la actitud de Barros Arana al respecto? Su respuesta está en el *Prólogo de la Historia General de Chile*. Tras otras consideraciones, nos viene diciendo que, "para muchos de ellos, la relación prolifa de acontecimientos, por pintoresca y animada que sea, tiene escasa importancia.

"De aquí han nacido las historias vulgarmente llamadas filosóficas, con pocos hechos, o en que éstos ocupan un lugar secundario y como simple accesorio que sirve de comprobación a las conclusiones generales... Éste género de historia, instructivo e interesante para los lectores cultos, no es todavía propiamente popular, porque para ser comprendido y apreciado, es indispensable cierta preparación intelectual que no es del dominio de la mayoría"⁵⁶. Por otra parte, la forma narrativa no excluye posibles aclaraciones de tipo filosófico.

Don Diego usó ampliamente la monumental *Biographie universelle*, de Michaud (45 vols.), con un provecho y placer que nos comunicó agradecido en sus Biblio-

grafías comentadas. En forma parecida a sus cogeneracistas Vicuña Mackenna y Amunátegui, él también rindió tributo al biografismo. Allí están sus personajes: Claudio Gay, el autor de la *Historia física y política de Chile*; Cieza de León y su *Crónica del Perú*; el latinista Vendel-Heyl; el general e historiador argentino Bartolomé Mitre; Courcelle-Seneuil, su amigo y colaborador en París; su amigo de siempre, Miguel Luis Amunátegui; el gran sabio naturalista Rodolfo A. Philippi, su leal amigo y colaborador, de tan larga y magnífica actuación en Chile, y otros más que desfilan en semblanzas de variada entidad.

Por los años institutos, en que fervorosamente producía sus tratados literarios, dió el historiador al continente —ésa es la verdad— una obra destinada a gran difusión: su *Historia de América*, en dos volúmenes (1865). Lo completo de la información cuanto el estilo agradablemente sencillo de esta Historia suya, la han hecho recorrer por decenios las aulas de estos países americanos de habla española. El historiador don Ricardo Donoso lo enjuicia así: "Ni se ha redactado un texto más claro y más completo, ni las nuevas investigaciones realizadas en el campo de la historia han hecho envejecer sus páginas. Es que Barros Arana no se limitó sólo a beber en fuentes de primera mano, sino que sometió sus estudios a una crítica severa y concienzuda"⁵⁷. El mismo autor nos dice en su *Introducción*, "de algunos años a esta parte se ha desarrollado en el mundo literario un gusto particular por el estudio de la historia americana"⁵⁸. Bibliógrafo de primera fila, precursor de este aspecto de la erudición, Barros Arana pudo llevar adelante este trabajo, debido a que, vencido de que las principales fuentes históricas continuaban siendo los historiadores primitivos, él había puesto manos a la obra con años de anticipación. Sus trabajos preliminares, diríamos, son muy numerosos, hasta el punto de que sus *Estudios histórico-bibliográficos* ocupan varios tomos en la edición de sus *Obras Completas*. Su trabajo fué en amplio sentido americano: cubre todos los países del Hemisferio Occidental.

Sus voluminosas *Nociones de Historia literaria* aparecieron en 1869. En términos francos, se hacía sentir lamentable-

⁵⁵ Francisco A. Encina: *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la Historia*, Stgo., Edit. Nascimento, p. 107.

⁵⁶ D. B. A.: *Historia General de Chile*, tomo I, Stgo., R. Jover, Edit., 1884. d. VIII (Prólogo).

⁵⁷ Ricardo Donoso: *Diego Barros Arana*, Stgo., Edit. Universitaria, 1930, p. 73.

⁵⁸ D. B. A.: *Historia de América*, tomo I, *Obras Completas*, Stgo., Imp. Cervantes, 1908, p. 1.

mente la ausencia de este texto para la clase respectiva. Además, debía cubrir la historia de la literatura desde la Antigüedad hasta los Tiempos Modernos. Así lo hizo el profesor, dándonos noticia de cómo don Andrés Bello había publicado en 1850 su *Compendio de Historia de la literatura*, pero en forma que se quedó en el primer tomo, con materias que llegaban nada más que a la literatura griega, entendida dentro de ella la bizantina. No obstante ser incompleto, la sola parte aparecida era muy voluminosa, debido a los entusiasmos de especialista que puso el sabio caraqueño en la composición de su manual. Mantiene el señor Barros Arana algunos puntos de vista: "Indudablemente, para nosotros tiene más importancia la literatura española, que es la literatura de nuestra lengua, que la inglesa o la alemana; pero sería un absurdo sostener que en un curso de historia literaria no se ha de fijar la atención de los alumnos en los nombres de Shakespeare y de Milton, de Klopstock y de Goethe"⁵⁹. Y con el coronamiento de los tres textos expresamente dedicados al estudio de la literatura, había más que cumplido sus propósitos de bien pedagógico, colocándose en este terreno a la cabeza de los redactores de similares libros en nuestro país. Lo real es que había constante penuria de ellos, pudiendo aducirse que en los años más que dispersos de la segunda mitad de la centuria, dentro de Chile no fueron editados más de una media docena, fuera de los estudiados ahora: las Retóricas de Fr. Raimundo de Miguel (para uso de los Seminarios), del bibliotecario don Gabriel René Moreno, y del profesor señor Rodolfo Vergara Antúnez. Por otra parte, tales publicaciones, fuera del trabajo muy acotado por consideraciones de claridad, brevedad, sencillez a que someten al escritor de más quilates que los del modesto trasvasijador de preceptistas europeos, lo exponen a peligrosos y crueles juicios de la crítica establecida. Por eso no parecen justas las palabras del gran diarista don

Domingo Arteaga Alemparte, al enfrentar la sacrificada labor de Barros Arana, el educador. En un párrafo de sus animados apuntes expresa: "Al mismo tiempo que prestaba su dedicación inteligente y asidua a la dirección del Instituto, se ocupaba en componer nuevos libros destinados a la enseñanza. El más notable de entre ellos es, sin duda, su *Compendio de Historia de América*, obra única en su clase y escrita con abundante conocimiento de los historiadores primitivos y de las demás fuentes históricas; lo que hace de él un guía precioso para los que emprenden el estudio de la historia americana.

"No es posible hablar con igual elogio de sus lecciones de retórica y poética, de las cuales lo menos malo que puede decirse es que no predicán con el ejemplo.

"El sentimiento de la belleza literaria es casi nulo en el señor Barros Arana; sus grandes entusiasmos, sus nobles arrebatos, sus visiones tan vagas como luminosas, sus voces llenas de misterio y encanto, sus sacudimientos, sus fiebres, sus delirios no pueden hallar cabida en un espíritu frío, metódico, escudriñador, curioso de saber, ajeno de sentir e imaginar. No hay en ese maestro de bellas letras ni la magia de la palabra, ni el poder de la fantasía, ni la viveza de los afectos profundos"⁶⁰.

Aunque no le podíamos pedir a don Diego, para quien Rubén Darío no fué poeta de considerar siquiera para un premio secundario en cierto Jurado que integró, que marchara a la vanguardia del *modernismo* poético de su tiempo; se hace difícil negarle fervoroso reconocimiento a su heroísmo docente, a su dedicación sin barreras al trabajo de enseñar allí donde hasta los textos de estudio se obstinaban en permanecer ausentes. El autor de la monumental *Historia General de Chile*, al abandonar transitoriamente las tablillas de Clío, no pretendió hacerse un tratadista magistral, sino simplemente un preceptista didáctico de la literatura.

⁵⁹ D. B. A.: *Nociones de Historia Literaria*, tomo IV, Obras Completas, Stgo., Imp. Cervantes, 1908, p. 7.

⁶⁰ Justo y Domingo Arteaga Alemparte: *Los Constituyentes de 1870*, Stgo., Imp. Barcelona, 1910, p. 420.